

Crisis y renovación de las Izquierdas

De la revolución cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno”

JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO

EDITORIAL ANDRÉS BELLO, SANTIAGO DE CHILE, 1995

Nosotros, los que nacimos después de la década de los sesenta, apenas ahora comenzamos a entender lo que políticamente significó el legado de esos prodigiosos y convulsionados años. Somos conscientes de que no presenciamos el nacimiento por todo el continente de las revoluciones “latinochés”, que no circulamos Henry Miller bajo la cama, que no purgamos nuestro siglo de obsesiones fascistas escuchando los Beatles y que no lloramos la caída sangrienta de Allende en la Casa de la Moneda. Sabemos que nuestro Vargas Llosa no fue el de *La Ciudad de los Perros* si no el de *La Historia de Mayta*. En nuestra memoria no pudimos registrar la heroica llegada de lo que se llamó la “revolución de la revolución”, refiriéndose al triunfo de los barbudos cubanos; más bien vivimos asuntos más modestos como la caída de un muro que, a finales de la década de los 80, parecía enterrar, según el propio Mijail Gorbachov, un pasado “fuente de todos los actuales problemas”.

No vivimos la euforia de los sesenta pero sí padecemos, en lo que se refiere a la izquierda, su legado.

Un legado que –para decirlo en los términos sarcásticos de Carlos Alberto Conejo– obliga a izquierdistas y ultraizquierdistas a que después de haber leído tantos años el *¿Qué hacer?* de Lenin, terminen, dos décadas más tarde, preguntándose *¿Qué hicimos?*.

Crisis y renovación de las Izquierdas, del chileno José Rodríguez Elizondo, reelaboración de su libro *La crisis de las izquierdas en América Latina*, evalúa y, porqué no, enjuicia desde una perspectiva académica a todos aquellos actores que, desde los sesenta y creyendo agotadas las vías de consenso, optaron por opciones absolutas que llevaron, en América Latina, a una crisis total de representación política. El libro, de un poco más de cuatrocientas páginas, intenta demostrar que, contrariando a la CEPAL, la década perdida para el continente no fue la del 80, sino la del 60. Década, como él la llama, de prodigiosa irresponsabilidad política que, desde la derecha y la izquierda, rompió los marcos del consenso mínimo necesario y polarizó social y políticamente los débiles sistemas latinoamericanos.

Rodríguez Elizondo escribe un libro que de cierta forma tranquiliza a aquellas personas que creían que desde la izquierda académica no se han generado obras que evalúen críticamente y de una manera seria y ortodoxa toda esa tradición política latinoamericana basada en los compromisos ético-religiosos inherentes a los proyectos revolucionarios. Es el desmonte, paso a paso, de los innumerables mitos contruídos alrededor de sectores y fuerzas que, por fuera de los marginales partidos comunistas, se situaron desde los sesenta “más allá de la izquierda extrema de los sistemas”.

Revisión analítica del marcado ideologismo que permeó (y permea) líderes y movimientos de ultraizquierda en América Latina, el libro comienza por donde debe comenzar: mostrando las implicaciones de la lectura (pobre y acomodada) de la naciente izquierda radical del fenómeno revolucionario cubano. Rodríguez observa como a partir de esta lectura, que no da cuenta de los datos verificables o cuantificables, “como el verdadero carácter de la

economía cubana prerevolucionaria", los autoasignados impugnadores sistémicos violentos generaran lo que él denomina el "breve tránsito de la utopía al desastre". Desastre, en la objetivación de una percepción que, obviando especificidades históricas (como cincuenta años de estructuración estatal-nacional), políticas (como el desarrollo de sistemas políticos diferenciados), económicas (como el desarrollo de tipo capitalista medio) y militares (como la profesionalización de fuerzas nacionales del orden) planteará que tarde o temprano las condiciones objetivas latinoamericanas madurarán y la revolución terminará produciéndose. Las revoluciones nunca se produjeron (salvo honrosas excepciones analizadas en el libro) pero, como lo muestra el autor, sí tuvieron desastrosos principios de ejecución. El capítulo que relata la caída del Che Guevara en Bolivia sirve de excusa para ilustrar de una manera magistral la inexistente articulación de estos proyectos macropolíticos revolucionarios y los sistemas políticos y económicos nacionales; la ausencia (y el desprecio) de los canales partidarios por parte del movimiento guerrillero; la poca solidaridad del proletariado nacional y el movimiento comunista mundial hacia esas explosiones violentas; la coherencia y disciplina de unas fuerzas armadas profesionalizadas y la nula potencialidad bélico-revolucionaria del campesinado nacional, características, si miramos detenidamente, absolutamente vigentes en el actual "teatro revolucionario" colombiano.

Por eso, tres décadas después de la irrupción de los movimientos gue-

rrilleros, comienza a ser percibido, como lo muestra en el caso colombiano Eduardo Pizarro, un fenómeno creciente de "insurgencia crónica". Aunque Rodríguez Elizondo no utiliza éste término, en su libro hace un completo análisis de lo que significó para la ultraizquierda latinoamericana que la violencia nunca hubiera comprometido a las grandes mayorías efectivas del continente: "Las masas populares o las mayorías silenciosas no demostraron una disposición a tomar las armas que alguien debía entregarles o dejarse arrebatar. Más bien fueron espectadoras de una guerra chiquita entre especialistas de la violencia revolucionaria y especialistas de la violencia institucional." En este sentido su capítulo *El único camino* (el más aproximado a la situación colombiana) plantea cómo los proyectos militares de la izquierda revolucionaria que adoptaron el formato organizativo de la institucionalidad castrense terminaron asimilando tarde o temprano el carácter autoritario de estos últimos en desmedro de su politización inicial. Es la famosa confusión entre gimnasia y revolución. Así, el culto a la acción de las organizaciones guerrilleras, producto del desgarramiento de una teoría y la urgencia de una revolución, comenzó a coexistir con un simple terrorismo ideológico que a su vez se encontraba rara vez divorciado del terrorismo a secas. La mística de comienzos de la década de los sesenta, transformada en un eficientismo sin causa, se diluyó en un combate, diría Hernando Valencia, puramente metodológico.

El impacto del discurso y los

actos de la ultraizquierda revolucionaria en las instituciones castrenses es otro de los grandes temas que aborda Rodríguez. Sin mirar las especificidades regionales, el autor recuerda de qué manera, a la par del creciente ideologismo de izquierda se fue construyendo un ideologismo de derecha causante del quiebre de la democracia en algunos países latinoamericanos. Dicha ideologización anticomunista estuvo ligada al abandono del profesionalismo apolítico como doctrina tradicional, al establecimiento de un frente interno permanente, a la *policialización* de la institucionalidad castrense y a la flexibilización tácita de los códigos éticos de las Fuerzas Armadas.

¿No es entonces la izquierda radical latinoamericana la desencadenante de una reestructuración militar que minó la democracia y de paso y lo vimos con el caso de la Unión Patriótica en Colombia, a la izquierda legal? Si esta hipótesis es aún demasiado compleja para analizar el caso colombiano, el libro de Rodríguez permite pensar -gracias a uno de sus estudios de caso- que sería cierta para Chile en 1973. La lección de este triste episodio de la historia chilena en lo que se refiere a la izquierda es monumental. Rodríguez muestra el costo que significó él intentar armonizar la vía pacífica del proyecto político de la Unidad Popular con la persistencia de su concepto teórico de *revolución*. En casi cien páginas de este capítulo asistimos a un recuento inteligente -con nueva documentación extraída de los países de la Cortina de Hierro en donde el autor vivió un doloroso exilio- de un *suicidio* que no simplemente compro-

metió a un presidente valiente (pero incapaz de resolver las gruesas polémicas de la coalición) sino a un proyecto general de una izquierda que, como dice José Joaquín Brunner, vivía el socialismo de una manera dramática.

Nosotros, la generación mutante, que vivimos las exigencias opacas de la democracia y el vacío colectivo después de la caída de las ideologías, tenemos dificultad en encontrar radiografías que expliquen

nuestro escepticismo para transformar (y hacer saltar) el mundo. Fabio López de la Roche, entre otros, ha realizado con éxito este ejercicio en el caso colombiano a partir de estudios históricos de la cultura política de izquierda. José Rodríguez Elizondo en cambio nos ofrece la perspectiva continental. *Crisis y renovación de las Izquierdas* es un libro inteligente y polémico que asume el reto de creer en una nueva izquierda que abandone las cosmovisiones

totalizantes y el terrible hábito de orientarse por modelos elaborados desde y para otras realidades. Es también el reencuentro con la esperanza de nuevos proyectos, que desde la izquierda, no nos digan que todo está perdido. Porque aún, como dice Fito Paez, portavoz de nuestra generación desencantada, tenemos que ofrecer el corazón.

NICOLAS MORALES THOMAS, politólogo, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.